

LOS CLAUSTROS Y LOS PATIOS DE LA CIUDAD DE LOS REYES

"Su carácter hispanoamericano evoca la bella tradición de los claustros y patios sevillanos."

ESTOS apuntes, que nacen al amor de la vida sevillana, tienen por base la reacción de un recuerdo mordiente que en mi espíritu ejerce todavía el prestigio de esas añejas cantilenas que las madres susurran con inimitable ternura ante la cuna de sus hijos.

Me refiero a emociones pasadas, a emociones que en la órbita estética de mi entraña de artista tuvieron casualmente acento maternal y profundo.

Aludo a mi ya casi anticuado viaje a la Ciudad de los Reyes, que ejerció en la pedestre existencia mía la magia que un cuento de hadas puede procurar al magín calenturiento de una imaginación infantil.

Soñaba por entonces—y lo que aún es peor,

que todavía sueño—en el quimérico surgir de un arte que supiera anidar en lo más hondo de sí el espíritu nuestro. Y al decir espíritu nuestro quiero decir alma de América, o sea, precioso relicario de admirable orfebrería intelectual y sentimental, en el cual la colonización virreinal cobijó, como inteligente nodriza, los remanentes autóctonos de la cultura indígena, añadiendo, como era lógico, el heroísmo cívico y la católica moral española, cuyos blasonados estandartes y cristiana fe guiaron nuestros primeros pasos hasta incorporarnos viril y caballerescamente al mundo en que hoy vivimos.

Estos pensamientos y otros más han cobrado —para mí—singular postura intelectual y emocional al volver a España y, en particular, al terruño de los descubridores y conquistadores nuestros.

De tal modo y manera que, ahora, aquellos prestigios limeños, que tanto habían alucinado mis púberes divagaciones, hanse despabilado con nuevo brío—no sin alarma de mi parte—, hallando felicísimo esparcimiento en mis actuales entusiasmos sevillanos.

Concluyo, pues, por entender que no cabe el hablar de la delectable arquitectura limeña, sin referirse a la de la sutil capital andaluza, de modo que si traigo en tema el hablar o comentar los claustros y patios de la Ciudad de los Reyes, lo he de hacer asociándolos a los tal o cual monasterio, alcázar o solariega ca-



LIMA: SAN FRANCISCO. PLAZA DEL CEMENTERIO. (GRABADO DEL SIGLO XVIII).



LIMA: SAN FRANCISCO. CLAUSTRO Y TORRES.

sona de este primoroso vergel de arte que, a través del tiempo y del azaroso peregrinar de unas formas y otras, sigue escanciando en el tintero del mundo los jugos indelebles de sus armoniosas ideologías estéticas.

Abocetemos ahora el aspecto panorámico de la capital peruana, muy a la distancia y sólo a título de escueto preámbulo.

Lima, como Sevilla, afínase en una llanada a pocas leguas del mar. El Callao es su Huelva, y al llegar de su histórico puerto de la ciudad, avístasela amostrando infinitas cúpulas y campanarios en el espacio, cuyo característico arabesco "hispano-colonial" da buena cuenta de su mística exaltación, pues en su arquitectónico alarde puede percatarse el viandante de los numerosos conventos e imponentes templos que pueblan la villa, amén de aquellos otros que pertenecen a los empleos civiles.

Su pintoresca silueta dibújase, pues, enérgicamente en el horizonte de fieras montañas, o sobre los avanzados contrafuertes del Antifortidable, que espalda con su remoto y recio

americanismo a la exquisita capital que fué del virreinato del Perú.

De su belleza y galano vivir se hacen lenguas los ilustres viajeros que en el siglo XVIII la visitaron, trayendo hasta nosotros, como si su presente no bastara, toda la elocuencia de aquellas sus iglesias venerandas y del singularísimo refinamiento de sus moradas.

Parece ser que el existir limeño transcurría, alternativamente, entre el artístico fausto de su incomparable liturgia y el sabio artilugio de sus virreinales elegancias.

Eran tan pronto procesiones, misereres o te-deums, que ya estremecían la villa con el volar de sus pájaros de bronce, con el runrún de sus fervorosas preces, o bien aromándola con el balsámico incienso que se quemaba devotamente en la barroca penumbra de sus religiosos ámbitos, como—poco después—los sutiles escarceos y traviosos donaires de los estrados, no menos fragantes por el secreto de sus almizcles olorosos o el fulgir sedeno de sus adamascados tapices, donde oficiaba, en recibos y saraos, el mujeril encanto de las alabadas limeñas.



SAN FRANCISCO: FUENTE DEL CLAUSTRO.

Digamos también que la Ciudad de los Reyes tenía y tiene su Guadalquivir: El Rimac que divide la ciudad sin separarla, pues el resbalar saltarán de sus aguas sobre los guijarros de su lecho no privaron jamás a los cholos y cholas de la ribera izquierda del sagrado río—la Triana criolla—en participar de la actividad civil y bullanguera de la Plaza Mayor y de la intimidad de los patios familiares, donde convivían amos y criados al amor de las parras trepadoras en el blanco fuste del pórtico hogareño y al plañir cadencioso del surtidor.

Allí vertieron perezosamente la pagana chicha y los frescos rosalíes; allí aderezaron la jugosa palta sirviéndola en bandejones de reluciente plata y trajinaron jaraneiros en el cotidiano existir de la noble casona virreinal, que dormitaba voluptuosa en la siesta vernal de sus ensoñaciones rústicas y románticas.

Y perdóneseme si traigo a cuento estas añejeces caseras, pero es que, difícil resulta el hablar del tema arquitectónico fundamental y propio de una ciudad que posee tan recóndita historia, sin aludir, aun sea con frágiles palabras, al sentido primordial de su función social y, por ende, sentimental de su razón de ser.

Tan condenable fuera ello como si un músico o poeta olvidara el tema profundo y quejumbroso de la "vidala", en Lima, o de la "seguirilla", en Sevilla, al desear evocar en su tropo lírico o composición, el compás rítmico del espíritu criollo o andaluz respectivamente.

También será menester, por lo menos, al recorrer una de sus calles, cualquiera de ellas, siempre que sea una de esas tan expresivas, que nos detengamos a contemplar el cielo a través de obscuros miradores que, volando sobre ménsulas y canecillos, alinéanse a lo largo de sus rúas silenciosas interrumpidos, de vez en vez, por algún hermoso portalón de complicadas exornaciones, acusando casi siempre por entre sus estructuras españolas, tal cual indiscreción lugareña, agravada por algún arcaico muñeco o elemento decorativo afinado en ella por el amañado artificio de un artesano indígena que ingenuamente ocurriósele gló-

sar un olvidado tema de Tiahuanaco o de Chavín.

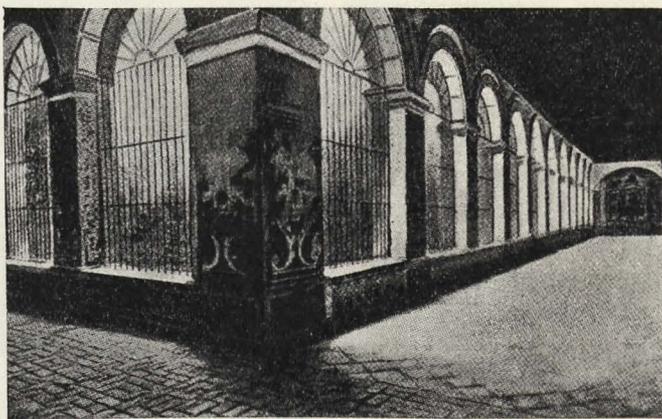
Mas ahora, si es que hemos de dar preferencia a la arquitectura religiosa, refrámonos sintéticamente a algunos claustros principales que permiten establecer el tipo de la escuela limeña. Casi todos los conventos de rango, y aun muchos de los secundarios, conservan todavía hasta dos o tres espaciosos patios o huertas conventuales, cercados por expresivos pórticos con superpuestas galerías de más o menos aparatosa composición.

Es también regla general que el primero de ellos sea más denso en su composición. Restaurados en los siglos XVII y XVIII hanse revestido en muchos casos de los complicados atauriques abarrocados y churriguerescos de la época, que, como en los cita-

dos frontispicios, padecen—quizá acertadamente—de los extravagantes y multiformes atavíos del vestuario indígena; ocurriendo lo que en la pro-



TRÁNSITO DEL CLAUSTRO MENOR.



TRÁNSITO DEL CLAUSTRO PRINCIPAL.



JARDÍN Y GALERÍA.

pia ciudad, en la que el primor "Hispano-Andaluz" arrebujóse bajo el poncho incaico, siendo hoy fácil discernir el dicho carácter, para quien visite con prevenida sensibilidad ciudades españolas y americanas; si bien es menester puntualizar que ambas culturas, aun con ser la muestra harto arcaica y selvática, hermanaron maravillosamente, hasta el punto que su perfecto matrimonio semeja obrado por el conjuro de un travieso mago.

Los claustros secundarios asumen por lo regular otras características. Los dichos conventos coinciden en tenerlos más arabizantes, llegando al extremo de ser sus arcaturas de complicada geometría mudéjar. Segmentos de arcos entrelazados que voltean animosamente sobre espigadas columnillas que dilatan sus sorprendidos ábacos arquitrabados—como inesperada floración—para recibir tan audaces y complicadas archivoltas.

En ambos casos menudean las fuentes centrandos los venturosos recintos. Sus líneas, de gusto también profusamente barroco, se simplifican bajo la sombra verdinegra de la yedra, frecuentemente salpicada por acertada intromisión floral. Desde estos claustros la imaginación constructiva de los aparejadores y alarifes virreinales, adquiere particular donosura. Son de ver y admirar, por encima de los roblones de las tejavanas, los cimborrios de corte basilical, sobre cuyos resplandecientes azulejos cabalga la linterna, felizmente apuntada por las oportunas curvas y volutas de los estribos, y sobre el evangélico podio de su techumbre, la acerada cruz del conquistador, supremo hacedor del mundo.

También es frecuente el llegar a divisar las partes extremas y hasta más de las torres que flanquean los atormentados imafrentes.

Entonces el cuadro es bellissimo, pues estas com-



posiciones, que de suyo son subidamente pintorescas, adquieren relieves de monumental prestancia ejemplarizándose por la robustez de su inconfundible fisonomía.

Tal es el caso, por ejemplo, de San Francisco—notable convento que en alguna ocasión hemos llamado escuela de arte en América.

Sobre los rectangulares machones revestidos en azulejos sevillanos—a la moda Renacentista de Niculoso Pisano—ondulan los arcos de su claustro; en el piso superior, una extravagante solución de arquillos menores, cuyos entrepaños hallanse perforados por aberturas ovoidales coronadas por conchillas.

Por encima de todo—otéanse en ángulo muy agudo—, las audaces torres, cuyo fiero almoha-

dillado toscano, vase superponiendo en diversos cuerpos, para rematar a la postre en dos donosos cupulines que, en rauda perspectiva, semejan perforar las nubes a muy poco que se estiren.

Esta rauda contraposición de obscura clausura y celestial plenitud, se aprecia en su integridad desde la penumbra de las anchurosas galerías, donde la emoción se acrecienta bajo el alboyre muzlímico de su techumbre; pinturas simbólicas en sus murellas, torturados retablos en las esquinas y mareante refulgir de azulejos, cuyos colores compiten con los de la prisionera fronda del litúrgico jardinzuelo. De la adumbrada policromía conventual pásase sin transición a la exultante algazara de las formas que centellean a pleno sol.

En idéntico sentido pueden terciar también los claustros de Santo Domingo, San Agustín y la Merced; estos últimos, aun más tocados de vivos andalucismos. Baste para aclararlo el añadir que el de la Merced es la traducción virreinal del de Sevilla, hoy sede del Museo Arqueo-

lógico y de Bellas Artes. El parangón puede además acentuarse citando a la bellísima fundación de Mañara, o sea el convento de la Caridad. Con todo, en el paralelo anterior, es más concluyente la similitud, por cuanto ellos se caracterizan por la presencia de una rumbosa escalera cobijada por exornada cúpula, que promedia entre los claustros, y que, a través de estilizadas evoluciones, parece servir de transición a los temas principales que inspiran a dichos monjiles recintos.

Tanto en Sevilla como en Lima el pretexto de la escalera da lugar a una muy pomposa composición, cuya suntuosidad, de italiano origen, se contempla enriquecida por arrequives mudéjares o barrocos—por cierto admirablemente hermanados— dando acabada cuenta de su carácter hispano.



CASA DE LOS MARQUESÉS DE TORRETAGLE.

Circundando el sevillano claustro, están, por un lado, el Museo Arqueológico, y por otro, las salas que atesoran las hermosas y zahirientes telas de Valdés Leal; en la ciudad de los Reyes, por una parte, surgen los modestos restos también arqueológicos de mudejarismos americanizados, y por la otra, la indígena aparición arquitectónica y pictórica de las escuelas quiteña y cuzqueña, cuyas ingenuas y arcaizantes pictografías dan cuenta del huraño y realista misticismo que integra a su manera las trascendentales lecciones de los maestros de la inmortal escuela sevillana, que, de las teorías más o menos clasicistas expuestas y practicadas por Pacheco, fusionanse en las de Herrera el Viejo y Roelas, para culminar poco después y estruendosamente en Velázquez, Murillo, Zurbarán y Valdés Leal, sin tampoco echar en el olvido a Castillo y Herrera el Mozo.

Del venturoso claustro de la Merced, ermitaño pensil de eucarístico ensueño, tras algunos rodeos por las encantadoras callejas de la gran ciudad virreinal, es interesante allegarse a la vieja Uni-

versidad de San Marco que, adegaña a la muy expresiva parroquia de San Carlos, ofrece a la curiosidad del visitante un pórtico que es, a mi manera de ver, característico ejemplo de transición entre claustros y patios.

Muy simple y acompasado es él. Estiradas arquerías blancas de rebajada curva, que se repiten en idéntico ritmo y doble número en el piso superior; una fontana tranquila, dorada por el sol, y, como en los conventos, la visión angélica de un próximo cimborrio, en este caso el de San Carlos, que corona el conjunto como las Anunciaciones o Santos de los cuadros de Murillo, o Tintoreto, apareciendo como efigie simbólica que, camino del cielo, nos contempla para amenguar los trastornos de la terrenal desdicha.

Recordemos que junto a este atrio—teniendo su acceso por la galería de la izquierda—hállase el histórico *Paraninfo*, el más antiguo de Sudamérica, donde la célebre Universidad doctorara a tantos próceres ilustres, divulgando desde antiguo la hispano cultura en el vasto y primitivo virreinato.

Este sencillo claustro universitario, tan huérfano de ornatos, pero tan rico en evocaciones, nos



CASA DE LOS SRES ORTIZ Y CEBALLOS, PUERTA INTERIOR.



CASA ORTIZ Y CEBALLOS. PATIO.

hará penetrar con mayor aparejo y convicción en el de la más suntuosa casa solariega de Lima, lo que vale a nombrar a la de los marqueses de Torre Tagle.

Ejemplos son sus patios y estancias—hoy sede del ministerio de Relaciones Exteriores del Perú—, de una de las floraciones más felices del arte “hispano-virreinal”, en su doble y cabal expresión “andaluza y americana”.

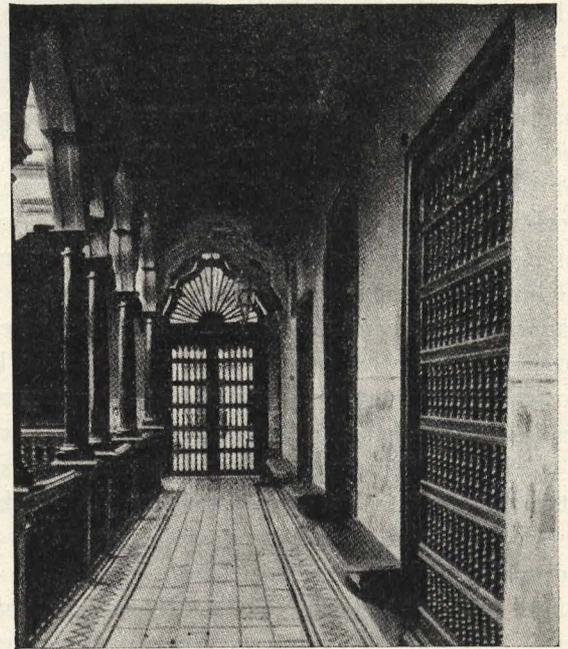
Pero malgrado su extraordinaria importancia y belleza, dentro y fuera de la arquitectura limeña, no he de detenerme, en esta ocasión, a comentarla. Por otra parte, su prestigio suena ya en las vocerías de la fama, y paso, más bien, bajo el subyugante encanto de su mudejarismo criollo, a traer otros recuerdos que, en el tiempo, van cobrando para mí muy íntimo ascendiente. Voy a citar, por ello, un caso particular. En el año 1914, cuando visité a la ciudad de Lima—una tarde vernal y exquisita, en compañía del excelentísimo doctor D. Carlos Estrada, por entonces ministro de nuestro país en el Perú y hoy nuestro embajador en España—, visitamos al malogrado y eminente prócer peruano D. Javier Prado y Ugarteche en su colonial casona, que dejó en lo hondo de mi ser, el acendrado zumo espiritual del recóndito

sentido humano “indígena-español”, cristalizado por sobre el feudo autóctono del inkario.

A la vera del patio “limeño-sevillano” mis ojos excitados discurrieron sobre el poderío, elegancia o idealidad de aquella estética primorosa que había prosperado bajo el concierto de dos fuerzas superiores e imperativas: España y América. Los reyes Católicos y los inkas... Colón, Hernán Cortés, Pizarro; Huascar y Atahualpa; Jesucristo y el Sol...

Reverberaba la luz al amor de los blancos fustes de la galería, que destacaban sobre el azul de intenso añil de las paredes sombreadas de siesta en el segundo plano; las enredaderas de jazmineros, campanillas y albahacas disimulando la biblioteca, donde días más tarde había de consultar los curiosos volúmenes que el refinado bibliófilo—amo de la casa—había reunido con paciente inteligencia; en una pequeña recámara los huacos poliformes y sentenciosos, susurraban los caprichosos gestos de una liturgia desaparecida, pero aun viviente, en la petrificada arcilla; en las alhacenas, los mates, yerberas y zahumadores de argento, me hablaron por primera vez, entre bargeños y encorchados bufetes, de la sublime epopeya española en el escenario ciclópeo del Imperio Keswa.

Y cosa paradójal y por demás simpática y



CASA ORTIZ Y CEBALLOS, GALERÍA ALTA.

expresiva. En un vetusto palacio, no menos español y limeño, nuestro actual ministro en el Perú y dilecto amigo D. Roberto Leviller, que fué hace algunos años "encargado de Negocios de nuestra República en España" e investigador asiduo del Archivo de Indias, vive ahora siempre como artista y diplomático habiendo transformado en Legación argentina la noble residencia que pertenece, casualmente, a un hermano de aquel distinguido caballero.

Y, en ella, en la añeja y próspera capital que fué del gran virreinato del Sur, y hoy de la República del Perú, soñando con los días vividos en tierra de los conquistadores, sigue descifrando polvorientos y cariñosos papeles, sin percatarse quizá de que Sevilla es ahora Lima.

Puede ser que a tan sutil idealismo debamos, en gran parte, nuestra madura mocedad. Transcurrieron algunas semanas más y traspuse, al fin, la ribera del Rimac. Visité la Triana limeña, y una tarde topé con la casa Rosada de la *Pericholla*, dama ilustre que fué amada por un virrey. Y el virrey la dedicó un alcázar en el siglo XVIII, y el alcázar transverberó a través del acicalamiento afrancesado de Aranjuez y de la Granja el espíritu barroco de lo mudéjar, un algo del andalucismo de los cármenes y de los jardines de

la casa de las Dueñas, donde el excelentísimo señor duque de Alba hace asequible en los presuntos días, el venusto sensualismo, elegante y austero, de la euritmia peninsular.

En el caminar de una calle a otra—azulado por tan múltiples curiosidades—lleguéme poco después a la Alameda que se llama de los Descalzos.

Y aquí tuvo lugar la que hoy llamo más obsedante revelación de la fusión "limeño-sevillana".

Al margen de este paseo, tan místicamente español, tan exóticamente americano, hallé un humilde templo pintarrajeado de azul y de líneas elementales, aunque barroquísimas; este mismo templo lo he visto no hace mucho en el plañidero Viernes Santo sevillano, con fantástica luz y con el mismo nombre.

Es el Patrocinio de Triana, donde entró "el Cachorro", encendido por su sangre y por el ardiente y rojizo reflejo de los paveses de los ciriales, y aun más encendido, por el quejido delirante de las saetas y del amor que se le profesa, siempre profundo y exhalando los aromas de conquistista de esta tierra inefable de María Santísima.

MARTÍN NOEL.

Sevilla, febrero 21 de 1927.